

ТЕНАПУ

URSULA K.
LE GUIN



El mal medra, y la magia se ha pervertido. En todas partes hay miedo e incertidumbre, y magos y reyes quieren que una mujer de Gont les muestre el camino.

Tenar, sacerdotisa de Atuan, cuida de Therru, una muchacha que ha conocido el horror, y dedica toda su fuerza y sabiduría a proteger a la niña de sus perseguidores y llegar a entender un mundo que está cambiando de una manera misteriosa.

A Tenar se le une Ged, en otro tiempo archimago de Terramar, y el hombre, la mujer y la niña descubren que se enfrentan a un enemigo que sólo podrá ser dominado con una nueva especie de poder...

INTRODUCCIÓN

por Ursula K. Le Guin^[†]

ENTRE EL ÚLTIMO CAPÍTULO DE *Las Tumbas de Atuan* y el primer capítulo de *Tehanu*, pasan unos veinticinco años más o menos, tiempo suficiente para que la niña Tenar se convierta en viuda con hijos adultos.

Entre el último capítulo de *La costa más lejana* y el cuarto capítulo de *Tehanu*, pasan un día o dos, tiempo suficiente para que el dragón Kalessin transporte a Ged desde Roke hasta Gont.

Entre la finalización de *La costa más lejana* y el inicio de *Tehanu*, pasaron dieciocho años de mi vida, tiempo suficiente para aprender cómo escribir este libro.

Nunca concebí Terramar como una trilogía, pero durante largo tiempo la vi como un banco de tres patas.

Sabía que la historia de Tenar debía ser contada, y que ella y Ged debían reunirse de nuevo. Así que nada más terminar el tercer libro, comencé con el cuarto. Pero, aunque sabía que Tenar no había permanecido con Ogion sino que se había marchado, se había casado con un granjero y había vivido una vida corriente y sin magia, no sabía por qué. La historia se encalló. No pude continuar. Me llevó años de vivir una vida común y corriente, y mucho aprendizaje —en su mayoría de otras mujeres— acerca de cómo pensar en ese tipo de cosas, para poder comprender por qué Tenar hizo lo que hizo y quién terminó siendo. Entonces, finalmente, pude escribir *Tehanu*.

Cuando se publicó la novela algunos críticos y lectores se sintieron defraudados. No era como los tres primeros libros. No era lo que esperaban. Nadie se quejó cuando revertí la tradición racista de héroes blancos y villanos negros; pero ahora estaba jugueteando con asuntos de género. Y sexo.

La fantasía heroica hasta (e incluyendo) 1990, si es que incluía mujeres heroínas, aún estaba basada (y en su mayoría continúa estándolo) en instituciones, jerarquías y valores establecidos por hombres. Fieles a la tradición, los personajes del primer y tercer libro de *Terramar* eran casi todos masculinos, y en *Tumbas Tenar* comparte el escenario con Ged. Pero *Tehanu*, para empezar, trata sobre mujeres y niños. Ogion aparece en escena sólo para morir, y cuando Ged entra en escena parece un hombre derrotado, tan débil que busca refugio con una vulgar y corriente bruja para luego dedicarse a pastorear cabras, dejando a Tenar sola para lidiar con la incomprensión y la maldad. ¿Dónde está el tipo de la vara brillante? ¿Quién ejercerá la magia más poderosa, una niña pequeña? Venga, por favor. ¡Eso no es una historia heroica!

No pretendía que lo fuese. Cuando escribí este libro necesitaba mirar la otra cara de la fantasía heroica, desde fuera, desde el punto de vista de la gente que no forma parte de ella. Aquellos que no pueden hacer magia. Aquellos que no tienen varas brillantes ni espadas. Mujeres, niños, los pobres, los ancianos, los desvalidos. Todo lo contrario a los héroes, gente normal: mi gente. No quería cambiar *Terramar*, pero necesitaba saber cómo veíamos nosotros a *Terramar*.

Algunos lectores que identificaban a Ged como una figura de poder masculina pensaron que lo había traicionado y degradado en una especie de arrebató de venganza feminista. Hasta donde yo sé, no tuve ningún arrebató y nunca traicioné a Ged. Más bien todo lo contrario, creo. En *Teha-*

nu puede, finalmente, llegar a ser un hombre completo. Ya no es un siervo de su propio poder.

Pero ¿adónde fue ese poder? ¿Acaso la magia está, de hecho, muriendo en Terramar, como parecía que estaba sucediendo en el tercer libro?

No creo que ese sea el caso, pero es cierto que está sucediendo un gran cambio en el mundo, aún apenas visible y todavía incomprendido. Ogion lo ve al morir. Tenar lo intuye, a través de la historia de la mujer de Kemay, a través del abanico pintado en la casa del viejo tejedor, a través de sus sueños, a través de lo que sabe y lo que desconoce de su hija adoptiva, Therru.

Therru es la clave del libro. Hasta que no la concebí no pude empezar a escribir. Pero lo que vi me cogió por sorpresa. Therru no es para nada normal. Su vida fue arruinada en su comienzo. No es simplemente una desvalida, Therru se encuentra incapacitada, cambiada y aterrorizada. No hay cura para ella. La cruel injusticia que padeció sobrevino con el colapso de la sociedad de Terramar, que quizá el nuevo rey pueda ser capaz de arreglar; ¿pero qué compensación existe para Therru?

«Lo que no se puede remediar, se debe superar».

Tal vez ese cambio que está llegando a Terramar tenga algo que ver con dejar de identificar la libertad con el poder, con separar el ser libre del estar al mando. Hay un tipo de rechazo a servir al poder que no consiste en una revuelta o una rebelión, sino una revolución en el sentido de revertir significados, de cambiar como se entienden las cosas. Cualquiera que haya sido capaz de romper el yugo de una creencia controladora y paralizante, de la intolerancia o de la ignorancia obligada, conoce el sentimiento de salir a la luz y el aire fresco, de alivio, ser libre y poder volar, transcender.

TANTO EN *LAS TUMBAS DE ATUAN* como en *Tehanu*, libros ambos en los que las mujeres son el centro de la historia, hay

un cierto tipo de rabia que no creo que esté presente en *Un mago* o *La costa más lejana*. Es la rabia del marginado, la furia contra la injusticia social, la ira vengativa que demasiado a menudo se ha hecho sentir a las mujeres. Finalmente he aprendido a reconocer esa rabia en mí misma y a intentar expresarla sin injusticia. Así, Ged el Archimago permanecía grandiosamente tranquilo mientras paralizaba a unos piratas con un gesto de su vara, pero Ged el pastor de cabras usa con gran furia una horca contra sus enemigos. Y así Aspen, el mago de Re Albi, es odioso de un modo que ni siquiera Cob llega a ser, pues Aspen hace alarde de todos aquellos atributos causantes de esa rabia —el miedo y el desprecio a las mujeres, la arrogancia del poderoso, y ese enfermizo anhelo humano de dominar que conduce a una crueldad sin fin.

No es sorprendente que *Tehanu* fuera etiquetada de «feminista». Pero esa palabra se usa de formas tan distintas que es peor que inútil. Si entiendes el feminismo como un prejuicio vengativo contra los hombres, la etiqueta te permite descartar el libro antes de leerlo; si consideras el feminismo como una creencia en que ciertas características superiores son exclusivas de las mujeres y esperas que el libro lo confirme, lo encontrarás equívoco.

La conversación entre Tenar y la bruja Musgo en el quinto capítulo es un claro ejemplo. ¿Es «feminista»? Musgo es bastante despectiva con los hombres en general, tras haber sido tratada con desprecio por ellos toda su vida. De acuerdo, encuentro su discurso sobre el poder de los hombres y las mujeres mordaz, tosco, pero interesante. Luego se embarca en una loa del misterioso saber femenino: «¿Quién sabe dónde empieza y termina una mujer? [...] yo tengo raíces, tengo raíces más profundas que esta isla. [...] ¡Me remonto a las sombras!». Y termina con una pregunta retórica: «¿Quién podría preguntarles su nombre a las sombras?».

«Yo lo haré», dice Tenar. «Viví mucho tiempo en las sombras».

A menudo he visto la rapsodia de Musgo citada con aprobación. La fiera respuesta de Tenar casi siempre se deja sin citar, pasa desapercibida. Sin embargo rechaza el misticismo autocomplaciente de Musgo. Y toda la vida de Tenar está recogida ahí.

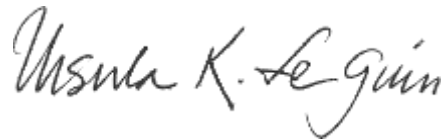
Tenar es tres personas. Como la joven Arha vivió una vida estricta, cruel y sin sentido, una vida de sumisión ritual en una comunidad de mujeres adoradoras de los Poderes Oscuros, los Sin Nombre. Se liberó de esa prisión y escapó con Ged, quien logró devolverle su verdadero nombre y mostrarle el poder contenido en conocer el nombre de las cosas. Entonces dio un segundo paso (menos evidente) en su camino a la libertad, en el momento en que se niega a quedarse con el amable profesor Ogion, cuyo tipo de sabiduría no era exactamente la que ella necesitaba. Ya había tenido suficiente de esa vida de celibato, asexual, en Atuan. Pensando que el mejor modo para aprender donde comienza y termina una mujer era vivir la vida de una mujer de forma tan completa como supiera y aprovechar todas las oportunidades disponibles para una mujer, se fue para casarse y vivir como Goha, la esposa del granjero, tener hijos y criarlos.

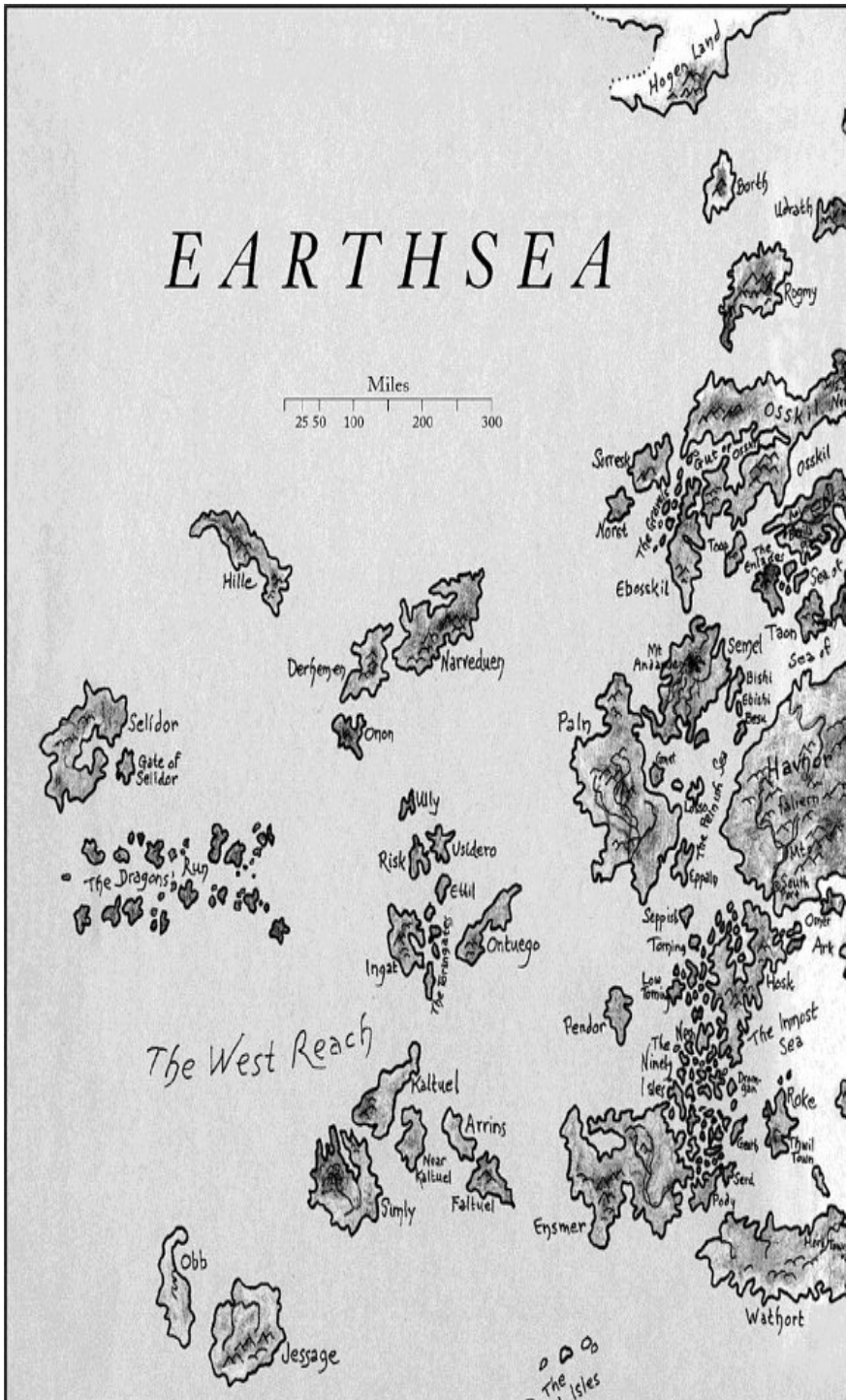
Ahora, más mayor, y habiéndose hecho cargo de una niña rota y vulnerable, sabe que está preparada, no para místicas percepciones innatas y vagas, sino para la sabiduría que necesita y que se ha ganado. Más allá de la oculta adoración de los Poderes Oscuros de la Tierra, y más allá del sentido común de la vida diaria, desea el conocimiento. Viviendo los misterios del día a día, anhela la claridad de pensamiento. Tenar tiene una mente fuerte. Las dos personas más capacitadas para percibir y respetar este aspecto fueron Ged y Ogion. Ogion ya no está; Ged ha regresado con ella.

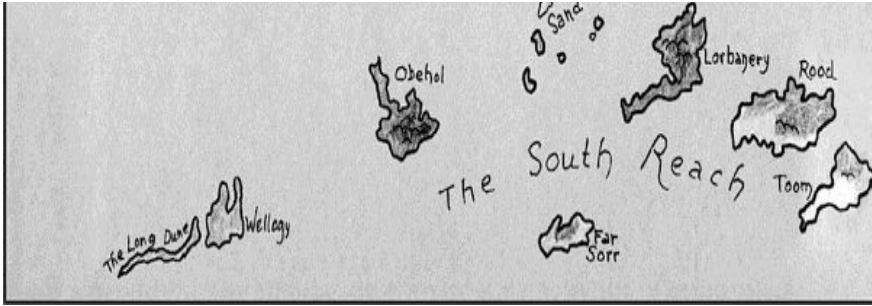
También Ged necesita desesperadamente una nueva sabiduría. Ha perdido tanto: su fama y su elevada posición, el don que dio forma a su vida desde que era un niño, el uso de todo lo que aprendió en Roke. ¿Cómo va a vivir como un hombre normal? Ahora que toda su magia ha desaparecido, agotada, entregada... ¿puede siquiera respetarse a sí mismo? ¿Alguna vez fue (como le pregunta Musgo taimadamente) algo más que su poder? ¿Queda algo más de él, aparte de una cáscara vacía, cuando su poder desaparece?

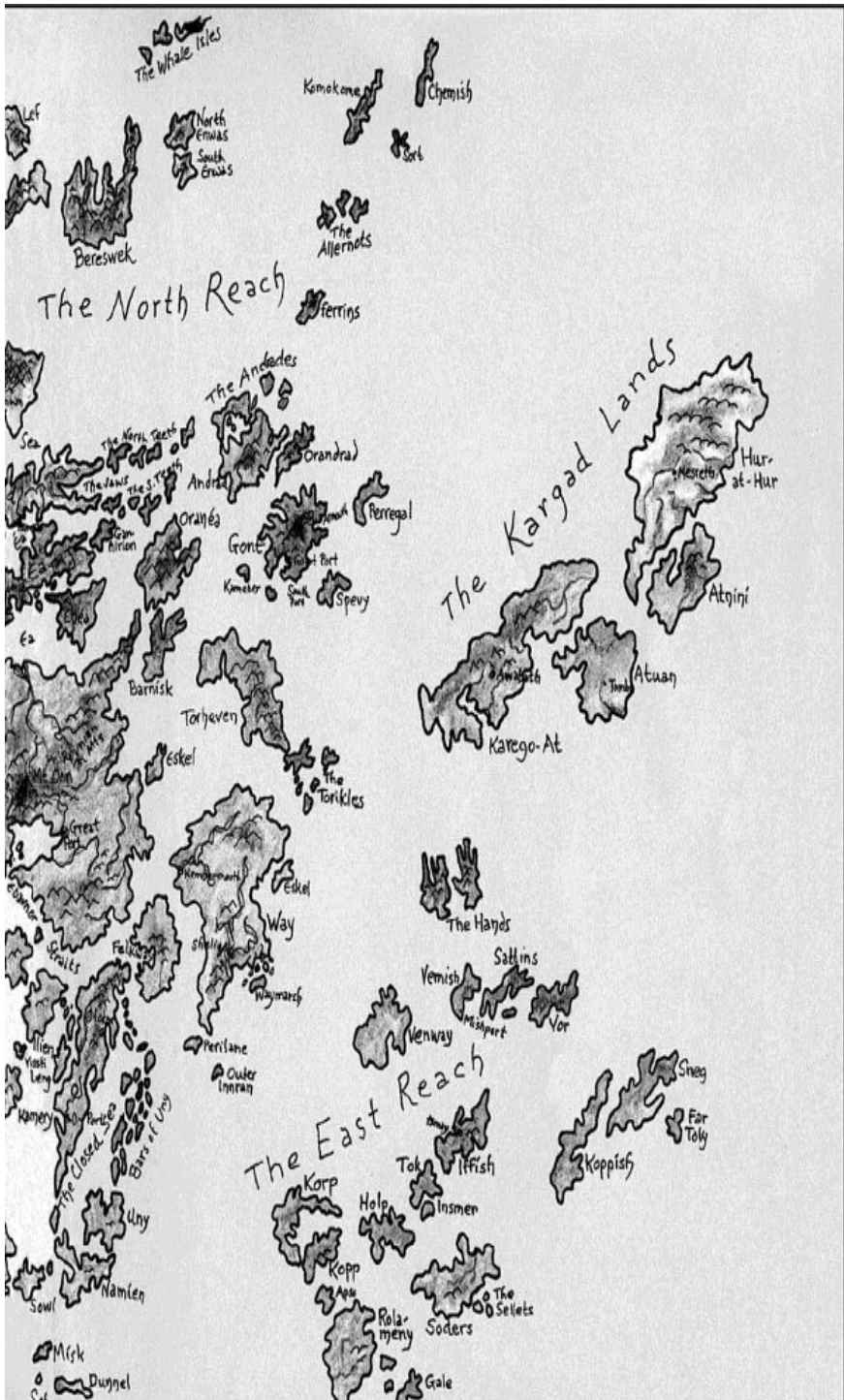
Tenar quizá conozca la respuesta a esa pregunta, pero para que Ged sea capaz de responderla por sí mismo, como debe, tiene que descubrir aquello a lo que tuvo que renunciar para convertirse en un hombre poderoso. Que podría decirse que fue a todo excepto el propio poder. O podría verse como un tipo diferente de aprendizaje. El tipo de enseñanzas que la gente común obtiene conversando en la cocina durante las tardes de invierno...

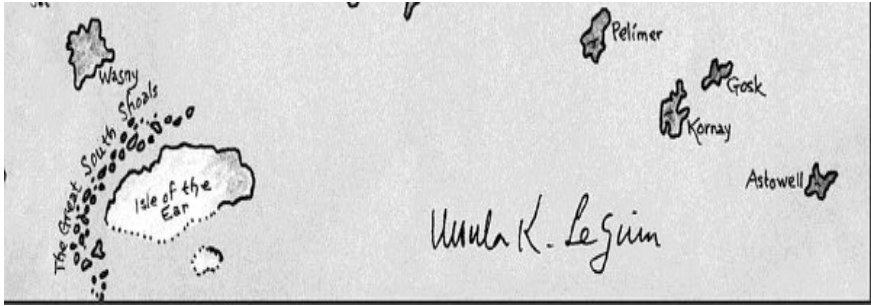
¿O está más allá del aprendizaje... se trata acaso el tipo de magia que los hombres olvidaron, pero que conservan los dragones?

A handwritten signature in black ink, reading "Ursula K. Le Guin". The script is fluid and cursive, with the first letters of "Ursula" and "Le Guin" being capitalized and prominent.









*Sólo en el silencio la palabra,
sólo en la oscuridad la luz,
sólo en la muerte la vida;
el vuelo del halcón
brilla en el cielo vacío.*

La Creación de Éa.

 CAPÍTULO I 

ALGO TERRIBLE

DESPUÉS DE LA MUERTE DEL GRANJERO Pedernal del Valle Central, su viuda se quedó en la casa de la granja. Su hijo se había hecho marinero y su hija se había casado con un mercader de Valmouth, de modo que se quedó sola en la Granja de los Robles. La gente decía que había sido un personaje importante en la tierra de donde venía, y de hecho el mago Ogion solía detenerse en la Granja de los Robles para verla; pero eso no era muy importante, porque Ogion visitaba a todo tipo de personas insignificantes.

Tenía un nombre extranjero, pero Pedernal la llamaba Goha, el nombre que le daban en Gont a una pequeña araña blanca tejedora. El nombre le venía bien, porque era de tez blanca y menuda, y una buena tejedora de lana de cabra y de oveja. De modo que ahora era la viuda de Pedernal, Goha, la dueña de un rebaño de cabras y de la tierra donde pastoreaban, cuatro campos de labranza, un huerto de perales, dos casas de inquilinos, la vieja casa de piedra bajo los robles y el cementerio de la familia sobre la colina, donde yacía Pedernal, tierra de su tierra.

—He vivido casi toda mi vida cerca de tumbas —le dijo a su hija.

—¡Madre, madre, ven al pueblo a vivir con nosotros! —le dijo Manzana, pero la viuda no quería renunciar a su soledad.

—Quizá más adelante, cuando lleguen los niños y necesites ayuda —le dijo, mirando complacida a su hija, de ojos grises—. Pero ahora no. Ahora no me necesitas. Y este lugar me gusta.

Cuando Manzana regresó junto a su joven esposo, la viuda cerró la puerta y se quedó de pie en el piso empedrado de la cocina de la casa. Había oscurecido, pero no encendió la lámpara, recordando cómo la encendía su esposo: las manos, la chispa, el rostro oscuro y atento bajo la luz recién encendida. La casa estaba en silencio.

«En otro tiempo viví en una casa silenciosa, sola —pensó—. Volveré a vivir así». Encendió la lámpara.

Al caer la tarde de uno de los primeros días cálidos, Alondra, la vieja amiga de la viuda, llegó desde la aldea luego de atravesar presurosa el sendero polvoriento.

—Goha —le dijo mientras la miraba arrancar malezas del sembrado de habichuelas—, Goha, ha ocurrido algo terrible. Algo espantoso. ¿Puedes venir?

—Sí —dijo la viuda—. ¿Qué sucede?

Alondra recobró el aliento. Era una mujer gruesa, simple, madura, cuyo nombre ya no estaba de acuerdo con su cuerpo. Pero en otra época había sido una muchacha delgada y hermosa, y se había hecho amiga de Goha, ignorando a los aldeanos que murmuraban sobre la karga de tez blanca que Pedernal había llevado a casa; y habían sido amigas desde entonces.

—Una niña quemada —le dijo.

—¿De quién es la niña?

—De vagabundos.

Goha cerró la puerta de la casa, y echaron a andar por el sendero, mientras Alondra no dejaba de hablar. Jadeaba y transpiraba. Las pequeñas semillas de la tupida hierba que crecía junto al sendero se le pegaban a las mejillas y la frente, y ella se las iba quitando mientras hablaba.

—Han estado viviendo todo el mes en los prados del río. Un hombre que se hace pasar por calderero pero que